



BOLETÍN DEL CLERO
DEL
OBISPADO DE LEON

A NUESTROS DIOCESANOS

Et nunc, filioli, manete in eo, ut cum apparuerit, habeamus fiduciam et non confundamus ab eo in adventu ejus.

Joan. 2, 28.

Y ahora, hijos míos, permaneced en Cristo, para que cuando venga, tengamos confianza en El y su venida no sea para nuestra confusión.

I

Cuando por todas partes se escuchan los desentonados gritos con que la licencia del mundo estimula á peligrosas y grotescas diversiones, vergüenza del pueblo cristiano y resto de gentílicas bacanales; cuando en las calles y plazas se multiplican las ofensas contra Dios Nuestro Señor, y en los cansados espíritus se marca la huella que dejaron pasiones desenfrenadas: la voz de la Iglesia se alza, inspirada por el cielo, para recordarnos el sepulcro, hacia el cual vamos caminando, y la cuenta que de nuestra vida hemos de dar al Juez severo, que lee en el fondo de nuestro corazón y ante cuya penetrante mirada están abiertos los secretos de nuestra alma.

Nada más grande y magnífico que contemplar á la Iglesia, levantándose, como los profetas de Israel, para anatematizar los públicos escándalos y clamar después de estos días de pecado, como clama la conciencia dentro del impío; «*acuérdate, hombre, de que eres polvo y en polvo te has de convertir.*»

Esta verdad, amenazadora para el impío y que le amarga el placer de sus festines, como la mano misteriosa que trazó ante la vista de Baltasar la sentencia de su eterna condenación, es, por el contrario, en los oídos piadosos voz de esperanza y aliento, que los consuela en las privaciones y sacrificios de este mundo transitorio, con el recuerdo de la gloria que no se acaba.

Mas, como quiera que hoy nos encuentre, justos ó pecadores, inocentes ó culpables, esta voz de la Iglesia es voz de misericordia, con que el Padre Celestial llama á las puertas de nuestro corazón en el principio del santo tiempo de Cuaresma, á fin de que, desengañados de pasadas vanidades ó confirmados en santos propósitos, *renunciemos á los deseos de este mundo y vivamos santamente con la esperanza de una vida mejor* (1); es voz de caridad que nos advierte el peligro oculto entre las dulzuras aparentes de la carne, que dejan en el alma el torcedor del remordimiento y el veneno de la culpa, y nos muestra en Cristo el único camino por donde alcanzaremos nuestros destinos eternos.

Si supiéramos apreciar los dones de Dios y pensáramos quien es el que se digna dirigirnos este ruego, seguramente acudiríamos presurosos á pedirle que nos diera de aquella agua viva que apaga para siempre la sed de las almas. (2).

Y porque vosotros le conocéis y sabéis apreciar cuanto importa no perder la ocasión, que en el tiempo oportuno brinda los divinos favores, confiadamente esperamos, amados hijos nuestros, que escucharéis docilmente la voz del Señor y en esta santa Cuaresma trataréis de unirnos más íntimamente á Cristo, cuyos misterios de amor y misericordia sin término hemos de conmemorar en las próximas festividades.

(1) Ad Tim. 2,12.

(2) Joan. 4,10.

Pero, teniendo en cuenta la obligación sagrada que Nos incumbe delante de Dios, á quien hemos de responder por vuestras almas, (1) y la perversa condición de los tiempos, no hemos podido dispensarnos del estrecho, á la vez que gratisimo deber de hacer os algunas consideraciones, para que con mayor fruto asistáis á los misterios del Calvario.

II

La razón natural por sí sola nos hace conocer facilmente que para levantarnos del pecado, una vez supuesta nuestra caída, era necesario emprender un camino contrario al que el primer hombre había seguido rebelándose contra su Criador omnipotente.

De esta suerte, nuestro Señor Jesucristo, único Redentor y Salvador de los hombres, al tomar sobre sí la empresa divina de restituirnos á nuestra primera grandeza, puesto que la soberbia y rebeldía nos haban perdido, con la humildad y obediencia quiso merecernos la gracia y el cielo.

Así como por la desobediencia de uno, dice el Apóstol, (2) todos fuimos nacidos en pecado, así por la obediencia de otro somos todos engendrados en justicia.

Para enseñarnos esta verdad nuestro adorable Salvador en aquella oración sentidísima que hace al Padre en el Huerto de las Olivas, antes de abrazarse con la cruz de su sacrificio, le repitió no una, sino varias veces: *Hágase tu voluntad y no la mía.*

De esta manera quiso Jesús arrancar con su ejemplo la soberbia del hombre que había preferido su voluntad á la voluntad de Dios en el Paraiso, alargando su mano al árbol prohibido, por lo que nuestro Señor la levanta por obediencia del Padre al árbol de la cruz, para que, clavado en ella, *venza, en el madero á quien en el madero había triunfado del hombre.*

Hé aquí como Jesús, *que no había venido á hacer su voluntad sino la voluntad del Padre, (3)* hasta el último latido de su corazón le estuvo obediente en medio de todas las

(1) Ad heb. 13. 17.

(2) Ad rom. 5,19.

(3) Joan. 6,38.

tribulaciones y afrentas porque hubo de pasar para conseguir nuestra salud; mereciendo por tanto rendimiento que *le fuera dada en heredad la tierra y que todos los hombres le adorasen*, según la palabra del Profeta.

«Si pusiere su vida por el pecador, verá una descendencia numerosa.» (1)

Es, por tanto, la obediencia á la ley del Señor la base y fundamento de nuestra regeneración espiritual en la cual debemos inspirar nuestro proceder, según la sentencia de San Juan: *«el que dígere que permanece en Cristo debe andar como él anduvo»* (2) significando en este modo de hablar todas las manifestaciones tanto internas como externas de la vida del cristiano.

A este propósito escribió el Apostol; (3) *Procurad acomodar vuestro sentir al sentir de Cristo, el cual, siendo Dios no por unificación, sinó por naturaleza, se anonadó á sí mismo tomando forma de siervo y vistiéndose de la naturaleza humana, y se humilló haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de Cruz.*

Esta es la primera verdad que debemos aprender en la escuela del Divino Maestro, y la enseñanza fundamental que brota de la cruz santa en que se ofrece al Padre Eterno por nuestros pecados; la soberbia de la carne, la rebeldía del espíritu obras son del primer padre que con su prevaricación infausta nos legó una herencia de dolores y de muerte; mas la humildad del corazón y la obediencia á los divinos mandamientos señales de que habita en nosotros el espíritu de vida que nos mereció el segundo Adam con amarguras *del cáliz que su Padre le había preparado.* (4).

Desnudáos por tanto del primer Adam que nos engendró á la muerte y vestíos del segundo que fué formado por Dios en justicia y santidad (5) *y no queráis entristecer al Espíritu Santo que os tiene señalados para el día de la redención.* (6).

(1) Isai. 53.

(2) S. Joan, 2, 6.

(3) Ad phil. 2, 5 et s'g.

(4) Joan. 18, 11.

(5) Ad eph. 4, 17.

(6) Ib. 30.

Mas, porque *fué la voluntad de Dios restaurar en Cristo todas las cosas, así del cielo como de la tierra y todo está sujeto á su imperio* (1), no solamente la vida sobrenatural de la gracia sino que también la paz y sosiego de la tierra se fundan en esta verdad, de tal manera que, olvidándola, vienen luego á resentirse el orden y tranquilidad de las familias y de los pueblos. Que así como el pecado de nuestros primeros padres, además de privarnos de la gracia santificante, trajo sobre el mundo un inmenso caudal de males y dolores, así también la restauración de Cristo, aunque tiene por fin directo y principal la vida del cielo, extiende su acción eficaz sobre los dominios de la tierra por la dependencia y relación que existe entre el orden natural y el sobrenatural, queriendo la Divina Providencia por este medio hacernos más solícitos en procurar el reinado de Cristo, si atendemos á que estamos obligados á guardar y acrecentar el talento de la gracia, so pena de perder lo que por naturaleza tenemos.

Esto significan aquellas palabras del Evangelio «*Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura*» (2) porque más abundante fué la reparación de Cristo que la culpa de Adam y más eficaz la gracia de la cruz que el veneno del pecado, como dice el Apóstol; (3) *en donde abundó el pecado superabundó la gracia.*

Pero la necia presunción del hombre que en su orgullo sigue estimando como infamia la cruz de Cristo, esperando buscar por otro camino más derecho ó menos penoso, la felicidad que le pide su corazón y sobre todo la concupiscencia de la carne con sus inclinaciones mundanas que no quiere sujetar sus apetitos á las privaciones que la ley santa de Cristo ordena, muchas veces se ha rebelado contra su doctrina benéfica y suave y ha querido romper el yugo de su dominación, sin tener cuenta con aquella dulcísima amonestación que hacía Jesús en el camino de Damasco al que después fué Apóstol celoso de su fé y entonces cruel perseguidor de sus discípulos

(1) Ad eph. 1, 9.

(2) Luc. 12, 31.

(3) Ad rom. 5, 20.

«*Saulo, Saulo, ... duro es dar coces contra el aguijón*». Porque además de que su empeño es vano y ridículo, en contra de sí mismos trabajan los que llevados de viles pasiones se atreven á combatir el reinado de Cristo que es padre de la verdad y de la justicia.

Los pueblos, efectivamente, se levantaron y los príncipes, para usar la frase de la Escritura, se conjuraron contra el Señor y su Cristo (1) obcecados en romper los deberes de obediencia y el yugo de la fé en que se habían nutrido y, unas veces al descubierto y otras hipócritamente, hace ya mucho tiempo que la rebeldía á todas las enseñanzas y prácticas cristianas va tomando carta de naturaleza y extendiéndose en el mundo con perjuicio de las almas á tan grande precio redimidas por el Cordero Inmaculado; el «*Non serviam*» de la serpiente infernal se repite á todas horas y en todas partes, arrastrando en su espantosa caída miles de estrellas, que hubieran podido brillar en los cielos, sepultándolas en el abismo del pecado y sumergiéndolas en el lodo del vicio.

Y así como *para los que aman á Dios, según el Apóstol, todo contribuye á su bien y adelantamiento* (2), por el contrario todo parece haberse ordenado para precipitar la ruina de estos pueblos, rebeldes á la verdad cristiana. El desarrollo de la industria, el progreso de las artes y las conquistas de la ciencia, medios todos tan adecuados para llenar las necesidades materiales y adelantar el avance moral de los hombres, no han servido para amenguar, sinó más bien para robustecer las causas de tantos males, porque la soberbia de la vida ha puesto en boca de los sabios, en este punto más necios que los mismos pueblos á quienes adulaban, las palabras del Salmista ; (3). *Engrandeceremos nuestra lengua; á nadie está sujeta nuestra palabra. ¿Quién es nuestro Señor?*

No es de extrañar, por consiguiente, que si ellos como Faraón se han atrevido á exclamar llenos de soberbia *¿Quién es el Señor para que yo oiga su voz y acate sus mandamientos?* (4),

(1) Ps. 2.

(2) Ad rom. 8, 28.

(3) Ps. 11.

(4) Ex. 5, 7.

en castigo de su rebeldía les haya con mano pesada y fuerte confundido, para que viendo el suceso infausto de su obstinación, adoren la mano que amorosamente los castiga, porque es misericordiosa, con los mismos frutos de su rebeldía.

De ello traen su origen primero las discordias y mútuos rencores que dividen y quebrantan á los pueblos; de ello han brotado las revueltas continuas en que la presente edad, más bien que vivir, agoniza; de este árbol, en fin, maldito nacen las revoluciones violentas y la falta de vigor en la autoridad y sobra de indisciplina en los súbditos que, como otras tantas plagas, turban el bienestar y sosiego de los hombres y llevan á donde quiera el dolor y la muerte.

Cuando la autoridad de Dios desaparece, todas las otras pierden su apoyo y firmeza; solo la idea religiosa, que penetra hasta el fondo del corazón y arraiga en lo más íntimo de la conciencia, puede levantar un dique capaz de contener las humanas pasiones y cuando este dique se desploma, luego en espantosa confusión se precipita arruinándolo todo; el remedio de nuestros males hubo de venir del cielo y es vano esperar del hombre lo que solo es propio de la omnipotencia divina, por lo cual exclamaba el Profeta; (1) *¡Desgraciado del hombre que confía en otro hombre y aparta de Dios su pensamiento!*

Faltó, pues, la autoridad de Dios y los pueblos le negaron la obediencia, seducidos por la falsa libertad é independencia absoluta; comenzaron los grandes de la tierra por levantarse contra Cristo y su Iglesia, reclamando no sé qué derechos y exenciones de su personal grandeza y las consecuencias han sido, sin hacerse esperar mucho tiempo, las que podían presumirse.

Los pueblos en rebelión continua contra sus príncipes, los súbditos levantiscos, y encarados contra toda autoridad; el respeto y la obediencia olvidada en la vida privada y pública y en todos los órdenes despreciado cuanto es ó significa reverencia y sumisión, llegando el mal á tanto extremo que en la misma sociedad doméstica hay que lamentar con harta frecuencia, no

(1) Jer. 17,5.

solo la insubordinación de familiares y criados que es ya general y ordinaria, sino, lo que es más doloroso, la misma piedad filial tan flaca y decaída que apenas tiene vigor para enfrenar los instintos rebeldes de los años juveniles.

Nadie ignora que la obediencia es la base de toda sociedad y, aunque algunos mal avenidos con ella, ó soñadores de utopias imposibles, se han atrevido á decir que la autoridad es un mal, no han podido negar que sea necesaria, imprescindible, si ha de existir una sociedad digna de tal nombre; de donde lógicamente se sigue que un mundo, en que el principio de esta autoridad está completamente olvidado y desconocido, tiene muy cercano el fin de todo orden y de toda paz que solo por aquel medio son posibles y estables.

Inútil nos parece añadir nuevos razonamientos para probar una verdad que tan misteriosamente demuestran los hechos con su fuerza abrumadora; vientos de tempestad se desencadenan por todas partes, levantando en este revuelto mar de concupiscencias y rebeldías, furiosas oleadas de asonadas y motines que van aflojando la trabazón insegura de esta nave carcomida por la incredulidad y tan llena de malas pasiones, como vacía de hermosas virtudes, que son el fin venturoso de toda sólida y verdadera doctrina.

Triste es pensar el apurado trance á que nos vemos reducidos y considerar como el honrado y pacífico está amenazado en todo momento por falanges de revoltosos, enemigos de todo yugo y envidiosos del ajeno descanso, que buscan en el rio revuelto de sus perturbaciones el logro de sus deseos interesados ó ambiciosos, y cómo el respeto á la ley se debilita cada día, hasta el punto de que el único derecho respetado sea la fuerza bruta, sin tener cuenta con otra más noble y levantada mira.

Esta es la obra de la ciencia sin Dios, de las artes sin moral, de la industria atea y egoista que tantos bienes prometieron como serpiente infernal que vino con halagadoras y deslumbrantes promesas á turbar la paz y relativa dicha que nuestros padres gozaron en la obediencia del Señor, este el fruto que de sí ha producido el *non serviam* del flamante *progreso moderno*.

No creais, ya lo hemos dicho otras veces, que abominamos del progreso, porque seamos aficionados á las tinieblas y la

ignorancia, como repiten calumniosamente los enemigos de la Iglesia; por el contrario, *Cristo es la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo* (1) y el Señor le envió *como luz de las gentes*, (2) sino que el progreso moderno tal como lo entienden sus apologistas callejeros, viene á ser sencillamente este olvido punible de nuestras obligaciones cristianas, este desprecio de las leyes de la Iglesia, este ridiculizar las prácticas piadosas y aborrecer de muerte á los Sacerdotes; más claro, el odio á todo lo que nos recuerda una ley, más fuerte que todas nuestras arterias y bajezas, una voluntad más alta que nuestra propia voluntad y una soberanía que coarta nuestras malas pasiones bajo pena de eterna condenación, en una palabra, la rebeldía contra Dios y sus leyes santas, el *non serviam*, que hemos dicho, de la infernal serpiente.

Por eso no creemos que sea luz esa humareda de vanas y peligrosas doctrinas que arrancan la fé de las almas y la pureza de los corazones; no creemos que sea libertad esa licencia sin freno que se revuelca en el fango de todas las inmundicias de la tierra; ni ciencia esa vana presunción que quiere atreverse á escalar el cielo, como los gigantes de la fábula, para derrocar el trono de la divinidad; ni arte esa industria vergonzosa que despierta, incita y nutre pasiones que debieran dormir para siempre en el pecho de los jóvenes; ni desarrollo social esa indisciplina lenta que á cada paso nos envuelve en los horrores de la lucha; ni progreso, en fin, toda esa legión infausta de males que han traído al hombre á tan miserable punto que haya de verse á cada paso obligado á ser el verdugo ó la víctima de su semejante en la guerra sin cuartel de la lucha por la existencia que hoy conmueve al mundo.

Esto no es ni será jamás progreso, sinó retroceso marcado á los pueblos incultos y al estado violento de las sociedades paganas, en donde el derecho del más fuerte prevaleció en todas las esferas de la vida, y en donde el débil y flaco quedaron siempre olvidados y oprimidos.

Y lo que es más de lamentar y lloramos sinceramente, es que tantos adelantos en el orden material, tantos conocimientos

(1) Joan 1, 9.

(2) Isai, 49, 6.

acumulados en la serie de generaciones que nos precedieron, y tan sorprendentes desarrollos de las artes y de la industria que hacían esperar una existencia más tranquila y venturosa sean, por el contrario, armas en manos de un loco, con las cuales no produce más que desgracias y arbitrariedades, por faltar á este cuerpo hermosísimo el alma viviente y vivificante de la fé, que le hiciera moverse en orden al supremo fin, al cual todos los otros están sujetos y subordinados.

Un desarrollo tan sorprendente de la materia necesitaba contrapeso muy grande de espíritu y, faltando éste, el desequilibrio es lógico y necesario; cuando los medios materiales abundan y no hay obstáculo invencible para el poder del hombre, antes podíamos creer que era llegado el tiempo de que todos los pueblos, todas las familias, todas las razas viniesen á confundirse en un abrazo fraternal y sincero, que no ver levantarse pueblos contra pueblos, ni ciudades contra ciudades y hermanos contra hermanos entre la confusión tenebrosa que producen el socialismo y la anarquía.

¿Es ajeno este problema á la cuestión religiosa, ó por el contrario, está íntima y sustancialmente ligado con ella? Pregunta es ésta que merece una contestación meditada y detenida, que requiere más espacio y lugar del que podemos ahora consagrarla; veamos, sin embargo, de aportar algunas reflexiones que, si no la resuelven, darán seguramente mucha luz sobre la materia.

III

No es esta la ocasión, como ya hemos dicho, de resolver científicamente y en toda su extensión un problema tan complejo y difícil como el llamado por excelencia cuestión social, ni pretendemos con aparatos doctrinales y datos económicos fijar una regla justa para la distribución de riquezas sociales; basta á nuestro propósito consignar que serán inútiles todos los medios que se adopten para ello, si no va por delante la doctrina de Cristo.

Cualquiera que sea el criterio que se siga en la discusión de esta materia, ya se tome plaza en el campo de los hacendistas, ó bien se sienta partidario de las clases trabajadoras, como lo

hacemos todos los cristianos, no por seguir la vana corriente de la moda, ni guiados, como acontece de ordinario, por bastardas pasiones, sinó porque los pobres y pequeñuelos tanto afán y ternura inspiraron al Maestro Divino; nadie podrá negar que ésta cuestión pavorosa ha nacido y se ha desarrollado á favor de las grandes industrias modernas, siguiendo todas las fases de las mismas en un sentido inverso; queremos decir, que á medida que las producciones necesarias para el sustento y bienestar del hombre han sido más abundantes, contra todo lo que debía esperarse, la miseria y el hambre han ido creciendo en proporción, sin que pueda buscarse por lo tanto en la escasez el principio del mal que nos ocupa.

Igualmente podemos observar que no han sido las naciones abatidas y pobres, sino las ricas y florecientes, el terreno en que esta maldita planta se ha desarrollado, propagándose después como una peste por todos los demás pueblos. Antes que en España, desangrada y empobrecida por guerras civiles y por el consiguiente abandono y atraso en los modernos medios de producción y riqueza, la cuestión social fuera conocida, los sabios de la rica Inglaterra y de la floreciente Alemania habíanla consagrado largos estudios y perseverantes vigiliás, de que hasta hace pocos años apenas habíamos tenido noticia.

Observando ahora lo que entre nosotros acontece, bien claro está que el mal no ha comenzado ni arraiga en las comarcas pobres ni en las miserables aldeas, sinó que allí ha tenido su principio en donde la riqueza tiene su asiento, y en las populosas ciudades que, si vale decirlo, van á la cabeza de nuestra España, en todo cuanto dice relación al movimiento industrial y mercantil; y antes que su nombre se hubiera pronunciado en las extensas llanuras de Castilla ó en las pobres montañas del centro de la península, ya había causado hondas perturbaciones en las hermosas riberas del Mediterráneo y en los ricos puertos de la costa de Cantabria.

De estas observaciones bien pudiéramos deducir sin temeridad alguna que este mal infausto, si no es una consecuencia, vá de tal manera unido con el progreso moderno y el desarrollo material que es imposible encontrar el uno sin el otro, hasta el punto de que bien pudiera parecer una de sus frases y manifestaciones.

¿Cuál será por consiguiente el vínculo que los une, la fuerza de conexión tan resistente que á todas partes los lleva enlazados sin que jamás se vean separados?

Bien sabemos que los medios de producción son distintos y más eficaces; que los métodos de la moderna industria eran desconocidos para nuestros padres, y que en fin, todas estas causas que cambian el modo de ser de los pueblos y les empujan por caminos ignorados, traen siempre perturbaciones más ó menos sensibles, que duran hasta que las nuevas corrientes de los sucesos se normalizan y encauzan, porque no se logra en un día contrarrestar la fuerza inerte de los hechos, ni el hombre puede dominarlos; pero, aun concediendo á todas estas causas la importancia que tienen, no es posible con ellas solas explicar, ni mucho menos, los odios y rencores, las luchas y combates que han suscitado entre los hombres, ni los cataclismos espantosos que á todas horas nos hacen vislumbrar los resplandores siniestros que de su seno brotan, como llamaradas de volcán que amenaza con explosiones de muerte.

Ricos hubo antes y propietarios tan acaudalados y poderosos relativamente á los que hoy puede haber; pobres hubo también sin otro patrimonio que el trabajo de sus manos y, siendo tan vieja esta diversidad de condiciones, es tan nuevo y reciente este semillero de enemistades: aquellos ricos no eran acaparadores y aquellos pobres eran más virtuosos; aquellos ricos eran caritativos y aquellos pobres eran humildes; aquellos ricos practicaban el precepto de Cristo: *lo que sobra dadlo en limosnas*, (1) y los pobres escuchaban con sencillo corazón: *Bienaventurados los pobres de espíritu* (2); los ricos y los pobres obedecían la ley santa del Señor y habían puesto su corazón en el Cielo, en donde tenían el común tesoro de una felicidad igual y eterna, y la caridad de hermanos los unía en vínculos de paz y contento.

Esta es la sabia vivificante que falta en todas partes al tronco infausto de nuestro progreso material y que no pueden suplir estudios de hombres sabios, ni leyes de solícitos gobernantes, porque la ley del hombre fácilmente se elude y la cien-

(1) Luc. 11, 41.

(2) Mat. 5, 3.

cia del sabio no tiene fuerza para estirpar los brotes de la concupiscencia del corazón humano y, cuando el ideal eterno y espiritual abandona el alma del hombre, luego en su lugar se levanta el ídolo mundano, el apego á los bienes de la carne, á los goces de la materia y con ellos el desordenado apetito de riquezas que llama el Apóstol *servidumbre de los ídolos* (1) por la oposición completa que dice á nuestra profesión cristiana.

Este es el secreto de esa esterilidad para el bien y fecundidad para el mal que acompaña en todas sus manifestaciones al espíritu moderno, ateo en sus principios y positivista en sus fines y tendencias; la servidumbre de los ídolos, la adoración de la materia, la sed de oro que endurece los corazones y los corroe y recubre como el orin al hierro, de una costra insensible á los dolores ajenos y á los ajenos pesares; la avaricia que es el egoísmo absoluto con la atrofia consiguiente de la parte más noble del alma, el olvido de Dios que trae consigo necesariamente la esclavitud del espíritu y la adoración de la materia; el pecado, en fin, que se enseñorea del mundo, trayendo en pos de sí, como en los días del Paraíso, larga cadena de dolores, trastornos y muertes.

Cualesquiera, por tanto, amados hijos nuestros, que sean las causas inmediatas y parciales que á este punto nos han traído, la causa principal y primera es, á no dudarlo, puramente religiosa y moral, es, como hemos dicho, el pecado; y siendo Cristo *el único mediador entre Dios y los hombres*, (2) *siendo el cordero de Dios que quita los pecados del mundo*, El sólo podrá resolver de plano esta cuestión nacida no de la condición de los tiempos ni de la diversa naturaleza de los medios, sino de la falta absoluta de sentimientos piadosos é hija, como el pecado, de la rebelión sacrílega del hombre contra los mandamientos divinos.

Vuelvan los pueblos á ser cristianos, vuelva la religión de Cristo á informar las leyes y las instituciones, vuelvan las virtudes á inspirar las obras de los hombres y se habrá resuelto por sí mismo éste problema pavoroso y veremos nuevamente la paz de Cristo reinar en los Estados. Mientras esto se descuide, todos los demás medios, serán paliativos y calmantes

(1) Ad Ephes. 5,5.

(2) Joan. 1,29.

que podrán por más ó menos tiempo detener los progresos del mal, pero el agente morvoso quedará intacto y sus efectos malignos se manifestarán bien pronto de una manera más eficaz y aterradora.

Cuando paramos nuestra atención á considerar lo que, después de tan lisongeras esperanzas y halagüeñas promesas, se ven obligados á padecer los pueblos en nuestros días; cuando vemos las legiones de proletarios demandando, según leemos diariamente, un pedazo de pan en nuestras populosas ciudades, sin que de los inmensos beneficios que reportan los nuevos adelantos les lleguen siquiera las migajas, no puede menos de ocurrírsenos aquella pregunta que dirigió el Señor á Adam después de la caída. (1)

¿Quién te ha dicho que estabas desnudo, sinó el haber comido del árbol vedado? quién ha venido á ponerte en esta necesidad sinó tu misma culpa? Olvidásteis que Cristo era el padre de los pobres; olvidásteis que en su doctrina de amor los pobres eran como las niñas de sus ojos, para los cuales guardaba los tesoros de su caridad infinita; no quisisteis ver que El había sido pobre para ennoblecer la pobreza; trabajador, para santificar el trabajo; humilde, para sublimar la humildad; desvalido para consolar vuestro abandono; herido, para curar vuestras llagas; esclavo, para haceros libres, y muerto, para daros vida. Olvidásteis que El había dicho: *Bienaventurados los pobres, lo que hiciéreis con uno de ellos conmigo lo haceis* (2); y que el reino de los cielos sería para los que practicaran las obras de misericordia; olvidásteis, en fin, que en Cristo habíais sido *levantados del polvo y sentados entre los príncipes de su pueblo* (3) y le negásteis y le habéis perseguido y le habéis blasfemado, y el castigo de vuestra ingratitud ha venido bien pronto para que, advertidos, veais el bien que perdísteis y el mal que vosotros mismos os habeis fabricado.

No queráis obstinaros en vuestra culpa, volved los ojos á Jesucristo y enderezar vuestros pasos á la casa del Padre en

(1) Gen. 3, 14.

(2) Mar. 9, 36.

(3) Ps. 112, 7.

donde os esperan el amor que habéis menester y el pan de que abundan, no solamente sus hijos, sino sus servidores, porque el Señor, *que viste á los lirios del valle y sustenta á las aves del cielo, sabe que teneis necesidad de todas estas cosas y sabrá remediarlo con misericordiosa providencia* (1), *porque fui joven y ya envejecí, dice el Salmista, y jamás he visto al justo abandonado, ni á sus hijos que mendigan el sustento de cada día.* (2)

Ni se crea por esto que el pobre es el único, ni siquiera el mayor culpable de los males que hoy pesan sobre el mundo; es verdad que en estos últimos tiempos más de una vez, sin causa justificada y fiados solo en su fuerza, se han atrevido á amargar los placeres del rico y han causado trastornos indisculpables; pero á ello han sido empujados primeramente y por una reacción muy natural en el espíritu humano, por el abandono y desprecio en que se los tenía. No fueron ellos los que se atrevieron á levantarse contra Dios y negar la obediencia á las leyes divinas, sino que el ejemplo de los más altos los arrastró con fuerza, para ellos irresistible, desde los campos de la fé á los dominios del error, en donde perdieron la santa esperanza que los hacía resignados y el amor al trabajo que los hizo dichosos, viendo en sus manos el medio de conquistar la corona del cielo á la vez que atendían á sus necesidades temporales.

No hay, pues, otro medio para llegar á la paz de los espíritus que renunciar totalmente á las doctrinas materialistas y anti-religiosas de nuestro tiempo y esparcir, como decía Donoso Cortés, por medio de una caridad en grande escala, lo que se acaparó en largos años de refinado egoismo; ni bastará que los gobiernos y hombres de estado lleguen á encontrar la fórmula precisa que ha de repartir con equidad y justicia los bienes de la tierra; el mal está en el corazón más que en la necesidad, la avaricia está dentro y no se sacia nunca; dos hombres solos se distribuían el mundo después del pecado, y Caín tuvo envidia de la prosperidad de Abel y le preparó una muerte violenta; y es que los males del alma se curan solamente con la medicina de la virtud y esta solo brota del costado abierto de nuestro Señor Jesucristo.

(1) Luc. 12, 27.

(2) Ps. 36, 25.

Bueno es que los poderes públicos y los hombres de ciencia se interesen, como es su deber, en que los pobres sean fielmente atendidos; bueno es que las leyes les protejan contra la excesiva dureza del capital, y que los amos y pudientes atiendan sus necesidades materiales; pero adviértase *que no de solo pan vive el hombre* (1) y que su alma necesita de la palabra de Dios, que guardada en el corazón, como preciosa semilla, dé frutos de buenas obras.

«Aplicuese cada uno, decía S. S. León XIII, (2) á la parte que le toca y con prontitud; no sea que si tarda la medicina, el mal, que es ya tan grande, se haga incurable. Den leyes y ordenamientos previsores los gobernantes; tengan presentes sus deberes los ricos y los amos; y, puesto que la religión es la única que puede extirpar el mal de raiz, pongan todos principalmente la mira en restaurar las costumbres cristianas, sin las cuales esos medios de prudencia que parecen idóneos, valdrán bien poco para obtener el fin apetecido.»

Es una ceguera negar los derechos divinos y querer invocar derechos humanos, es imposible derrocar la ley de Dios y que permanezcan firmes las leyes de los hombres; vuelvan los grandes, los poderosos, los sabios, las clases directoras á la obediencia de la fé, á la sumisión á la Iglesia y verán como espontáneamente vuelve á las clases obreras el espíritu de obediencia y respeto que han olvidado; vuelva la doctrina de Cristo á informar las leyes, los gobiernos y las costumbres, y volverán á resonar con toda su poderosa eficacia las palabras del Apóstol; (3) *Sujétese todo hombre á las potestades superiores, porque toda potestad viene de Dios y por Dios están establecidas; el que resiste, pues, á la autoridad, á Dios resiste para su condenación; por lo tanto sed sumisos, no solamente por el temor, sino por deber de conciencia.... y dad á cada cual lo que á su dignidad corresponda; al que debeis tributo, dadle tributo; al que alcabala, alcabala; al que temor, temor, y al que honra, honra; no debáis nada á nadie, para que os améis mutuamente; porque el que así*

(1) Mat. 4, 4.

(2) Enc. Rerum novarum.

(3) Ad. rom. 13 et seq.

lo hace cumple la ley. Palabras que son el más hermoso comentario de aquella invitación de Nuestro Señor Jesucristo; (1) *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras almas.*

Este es el remedio y es en vano desoir la voz del Señor, que nos amonesta con castigos y nos llama con misericordia; cuando las leyes divinas sean nuestra norma y la obediencia de Cristo nuestro ejemplo; cuando la autoridad de la Iglesia se acate y el sagrado carácter de sus ministros se respete; cuando se dé á Dios lo que es de Dios, entonces se dará al César lo que es del César.

IV

No ha sido fuera de propósito, amados hijos nuestros, tratar con alguna extensión esta materia tan lejana, al parecer, de vuestras necesidades, como firmes estáis vosotros en la práctica de las cristianas virtudes y en la fé santa que alumbra vuestros pasos en todos los caminos de la vida.

Si hace algunos años Nos hubieran dicho que los vientos de tormenta, desencadenados por la revolución impía, que levantaba nubes de tempestad en las populosas ciudades y en los grandes talleres de la industria, habían de atreverse á turbar la paz solemne de los campos y poner en riesgo los corazones sencillos de nuestras piadosas aldeas, no hubiéramos dado importancia á estos temores, ni hubiéramos creído posible tanta desventura.

Vuestra vida laboriosa, vuestras costumbres patriarcales y, por así decirlo, vuestra robusta constitución moral y religiosa, formada entre ejemplos de virtud severa y tradiciones de piedad acrisolada, Nos hacían confiar que seríais inmunes al contagio; desgraciadamente, la experiencia ha venido, sinó á echar por tierra, por lo menos á debilitar nuestra confianza, haciéndonos temer que, seducidos por el escándalo general ó arrastrados por la corriente, vayáis á engrosar las filas de los desgraciados, que después de volver las espaldas á la luz y renegar del Cielo, andan entre tinieblas de muerte buscando en la tierra inútilmente la bienaventuranza que habían soñado.

(1) Mat. 11, 29.

Ya en años anteriores, no solamente las fábricas y talleres y las ciudades populosas, sino que también los campos y las cabañas del labrador habían sido visitadas por este azote de la ira de Dios sobre las naciones infieles á sus gracias, y tuvimos necesidad de añadir algunas páginas de tristeza, quizá las más amargas, á las muchas que en la historia de nuestros días han escrito con lágrimas y sangre, la rebelión y apostasía de los hombres.

Mientras el mal respetó la paz de nuestros pueblos labradores y no se atrevió á mancillar la pureza de sus creencias y prácticas, triste era, en verdad, contemplar la lucha entablada y ver los fatales resultados que iba produciendo; pero, en medio de esta tristeza, quedaba siempre el consuelo de pensar que el pueblo, el verdadero pueblo, la clase más honrada y laboriosa se mantenía alejada de este peligro de muerte y que en aquellas apretadas muchedumbres del trabajo y la virtud, se podían fundar halagadoras esperanzas de una regeneración verdadera y estable.

Pero el contagio se extiende más cada día y de las ciudades pasa á los pueblos y de los talleres á los campos, tratando, como serpiente monstruosa, de ahogar en sus anillos apretados á todas las clases y á todos los hombres para cerrar la puerta á la esperanza; y de nuestra misma Diócesis hemos tenido que lamentar desórdenes y trastornos que, si no son el mal mismo, acusan sin embargo que el ángel rebelde no puede llevar en paciencia vuestra fidelidad y se prepara al combate.

Triste ha sido para nuestro corazón y duro golpe en nuestra ancianidad, saber, amados hijos nuestros, que aquellos fieles hijos, de los cuales guardábamos tan tiernos recuerdos, aquellos piadosos jornaleros de Campos, de rostro tostado, mas de corazón generoso, que vimos en nuestra pastoral visita obedientes y solícitos á las insinuaciones de la gracia, conservando en sus modales, quizá duros, pero siempre francos y nobles, muchos rasgos de aquel tipo viril y creyente de nuestros antepasados, han dado oídos á las voces seductoras de la serpiente, que trata de sembrar en su campo la cizaña que ahogue la buena semilla y el veneno de la discordia que arrebate la paz de las almas.

Bien quisiéramos por Nos mismo haber combatido el mal en el lugar mismo en que se ha cometido el pecado, y que la

pesada carga de nuestra edad Nos consintiera poder algún día con nuestra voz denunciar al tentador y llamar á los extraviados, para que volvieran al camino de la verdad, huyendo del abismo que con sus obras empiezan á cavarse. Pero ni los muchos años, ni nuestros achaques, han de ser parte para que, con dolidos de su peligro, no tratemos de hacérselo conocer á tiempo á fin de que el mal no eche raíces y la seducción no llegue á emponzoñar los corazones.

No sabemos de donde viene el golpe, mas estamos seguros que el enemigo es de fuera; ignoramos lo que pretende, pero no dudamos en afirmar que sus aspiraciones no son santas, ni sus acusaciones tienen bastante fundamento.

En Campos, en nuestra Diócesis, las ideas cristianas no han perdido su eficacia, ni la condición de los tiempos ha cambiado el modo de sentir en las familias relativamente pudientes. En nuestra pastoral visita hemos tenido más de una vez el consuelo de contemplar la fraternal unión que enlazaba á los ricos con los pobres, y la caridad cristiana extendía sobre todos un manto de igualdad y cariño no exento de los respetos y consideraciones debidas.

Los amos sabían cristianamente tratar á sus servidores que eran, no extraños, sino hijos en la misma familia, en donde encontraban no solo el pan en los días de salud y en los años robustos para el trabajo, sino también el amor, que es el pan del alma, y el amparo y socorro necesarios en las enfermedades ó en la edad de los achaques. ¿De dónde pues, ha nacido y quién ha sido capaz de lanzar el grito de guerra y alterar la paz entre hermanos? Cómo habéis podido tolerar que hombres sin conciencia, ó advenedizos ambiciosos hayan tratado de romper estos vínculos más duraderos y firmes que la muerte?

Hijos nuestros, muy amados, por vuestro bienestar temporal y por la salvación de vuestra alma, no despreciéis la voz de vuestro anciano Prelado, ni cerréis los oídos á sus amonestaciones de padre; volved sobre vuestros pasos y no os apartéis de los preceptos del Señor; deponed los odios y olvidad las rencillas, si hay alguna, tratando nuevamente de vivir como hermanos que sois en Cristo, *conllevándoos mutuamente y perdonando cual-*

quiera falta que entre vosotros hubiese, como el Señor generosamente nos ha perdonado á todos. (1)

Procuren los ricos con caridad cristiana socorrer liberalmente al necesitado y tratar con amor á sus sirvientes, según el espíritu de nuestro Señor Jesucristo, *que, siendo rico por naturaleza, se hizo por nosotros pobre, para que todos fuéramos con su pobreza enriquecidos (2)*. Y procuren por su parte los pobres el respeto y la obediencia al par que la gratitud á sus amos, sin defraudar el trabajo debido, *no por agradar á los hombres (3) sino con sencillez de corazón, temiendo á Dios.*

Mirad, amados hijos nuestros, que nada valen todos los tesoros del mundo en comparación de la buena conciencia, *ni hay en el mundo alegría como la del corazón tranquilo (4)* y que esta tranquilidad no se compra con los bienes de acá abajo, ni podemos tenerla sin guardar fielmente nuestros deberes; no ambicionéis tesoros de la tierra que habréis de abandonar, ni penséis saciar en ellos las necesidades del alma; *no busquéis, en las criaturas la alegría, dice San Agustín, sino dentro de vosotros (5), en vuestro corazón, en donde habita Cristo.*

Mas para rechazar con ventaja los asaltos del enemigo y defender vuestras almas del peligro en que inconsideradamente habéis dado los primeros pasos, procurad con todo empeño que las enseñanzas de la fé se aviven en vuestras almas y emulad sin descanso los ejemplos de virtud en que habéis crecido; no olvidéis que solamente en la Iglesia de Cristo se encuentra el remedio contra todas las enfermedades de la época y que por su olvido ha venido sobre el mundo esta calamidad que lamentamos. Sean vuestro norte las prácticas cristianas y vuestros guías los Sacerdotes y Párrocos, á cuya vigilancia el cielo puso vuestra salud eterna, y veréis renacer la paz en vuestros pueblos.

Los *Círculos de Obreros*, tan recomendados por el Papa, y de los cuales se han establecido varios en nuestra Diócesis

(1) Ad col. 3, 13.

(2) 2 cor. 8, 9.

(3) Ad col. 3, 29.

(4) Eccli. 30, 16.

(5) En. in Ps. 4.

con grande consuelo de nuestro corazón, sean los centros de vuestra unión fraternal, en donde fácilmente huiréis de los vicios que son la ruina de los trabajadores de nuestro tiempo; nutriréis á la vez vuestro espíritu con sanas lecturas y útiles conocimientos y, lo que es más principal, os tratareis unos y otros, ricos y pobres, para afirmar los lazos que deben existir entre todos

Porque ni los ricos podrían sostener sus riquezas sin el concurso del trabajo, ni los trabajadores hacer frente á sus necesidades sin el caudal del rico y, por tanto, estas dos clases no son enemigas, sinó hermanas, inseparables la una de la otra so pena de que ambas lleguen á perecer, y que deben por tanto conocerse y amarse sin que haya bastarda pasión ó vil manejo que pueda separarlas ó dividir las.

La obediencia de Cristo y los ejemplos de vida que nos dá en sus humillaciones sirvan de estímulo en el cumplimiento de vuestros respectivos deberes, los cuales expone el Apóstol en toda su sencillez cristiana, cuando dice (1): « *Criados, obedeced á vuestros amos con honor y respeto como si obedeciérais á Cristo; no sirviendo solamente cuando os miran, como si tratárais de merecer la aprobación de los hombres, sino como criados del Señor que trabajan en conciencia, teniendo presente que cada uno, sea siervo ó sea señor, recibirá de Dios el premio conforme á sus obras; y vosotros amos, haced lo mismo con ellos, sin cargarlos con exceso, acordándoos de que uno solo es el Señor de vosotros y de ellos, ante cuya presencia no hay acepción de personas.* »

Esperamos, amados hijos nuestros, de vuestra cordura y sentimientos cristianos que estas advertencias serán la norma de vuestra conducta en adelante, y que las violencias y tumultos no volverán á tener lugar entre vosotros; confiamos en la misericordia del Cielo que no ha de permitir que nuevamente se levanten para turbar vuestro sosiego los falsos predicadores, en expresión del Apóstol, (2) *rebeldes, charlatanes y seductores, que enseñando cosas inconvenientes, trastornan las familias, guiados de una torpe ganancia, y de cuyos labios no sale una frase que no sea de odios y de rencores, de venganzas y violencias, sin que la caridad y el perdón tengan hueco en sus diatribas envenenadas.*

Dios es caridad (3) y de El hemos recibido este mandamiento que el que ama á Dios ame también á su hermano; (4) las iras y los rencores no arraigan jamás en el cristiano pecho que se ha

(1) Ad ephes. 6, 5.

(2) Ad Tit. 1, 10.

(3) 1 Joan. 4, 16.

(4) Ib, 21.

formado para el amor y la misericordia en la escuela de Cristo, y el que dice que vive en la luz y odia á su hermano, en tinieblas de pecado vive, (1) porque todo el que odia á su hermano es homicida y ningún reo de homicidio puede tener la vida eterna (2).

Hé aquí, pues, el medio seguro para desenmascarar á esos falsos profetas (3) que llegan á vosotros con trajes de ovejas y son verdaderamente rapaces lobos, cuyos frutos son de dolor y amargura. Resistidlos armados de vuestra fé, y con la gracia del Señor guardaos de sus asechanzas, sin fiar de promesas deslumbradoras, entre las cuales se oculta el pecado y vuestra perdición, como entre flores se oculta el aspid venenoso.

V.

Como veis, pues, amados hijos nuestros, la condición de los tiempos es peligrosa y la necesidad por tanto de vivir con cautela es más apremiante; *vigilad y orad para no caer en la tentación* (4) os digo con N. Señor Jesucristo y levantad al Señor vuestros corazones para que sus gracias descendan abundantes sobre vosotros.

Ningún tiempo más á propósito que la Santa Cuaresma para derramar nuestro espíritu en la presencia de Dios y fortalecer nuestras virtudes con la imitación de nuestro Redentor admirable. El mal del mundo, el peligro de los tiempos presentes, la ruina de las almas y la perdición de los pueblos está, como habeis visto, precisamente en el olvido é indiferencia con que se miran las obras de Cristo; mirémoslas nosotros para grabarlas en nuestra alma y hacerlas el objeto de nuestros amores y cuidados.

Clavado en la cruz por la obediencia, después de haberse vestido de nuestra carne por humildad, desde ella nos llama con voces de indefinible ternura para levantarnos con su brazo poderoso á la gloria del Padre, que la soberbia y rebeldía del primer hombre había perdido; corramos á beber de aquellas aguas de vida que manan de su costado abierto y que apagan para siempre la sed de las almas.

«Acuérdate hombre de que eres polvo y en polvo te has de convertir» nos dice la Iglesia; y por este polvo despreciable el Rey de los cielos padece agonías de muerte, sin que en su pasión tenga un corazón amigo en quien hallen eco sus dolores, ni una voz conocida que en su aflicción lo consuele; ved ahora si habrá humillación, por vil que parezca, á que no debamos descender

(1) Joan. 2, 9.

(2) Ib. 3, 15.

(3) Mat. 7, 15.

(4) Mat. 26, 31.

y sacrificio, por doloroso que sea, que pueda compensar de algún modo los de Nuestro Señor Jesucristo.

Y sin embargo de estos admirables ejemplos por donde habíamos de levantarnos en alas de la gracia á merecer las bendiciones que el cielo prepara para los humildes, la soberbia del hombre se atreve á escatimar al cielo sus homenajes y á regatear á Dios la sumisión y obediencia á que por tantos títulos tiene derecho; *Avergüénzate*, dice San Bernardo, (1) *polvo lleno de soberbia; Dios se humilla y tu te exaltas; Dios se somete á los hombres y tu, no contento con dominar á los hombres ¿quieres anteponerte á tu Criador?... Es intolerable desvergüenza que cuando la majestad suprema se abate y aniquila, un gusanillo quiera ser estimado y engrandecido.*

Estas enseñanzas habeis de sacar de la Cruz de Cristo y grabar en vuestro corazón, para que os sean guía en vuestro camino y guarda contra las seducciones del error; estos ejemplos debeis poner delante de los ojos á vuestros hijos, para que el espíritu rebelde del mundo no vicie sus inocentes corazones y las generaciones nuevas se eduquen en la santa humildad que les allane el camino de la obediencia á los preceptos del Señor, *en la cual*, según San Agustín, (2) *se encierran todas las demás virtudes*, sin contentaros con la oración, sino también, y esto es lo que importa más, como dice nuestro Santísimo Padre el Papa Pío X, por la palabra y por las obras, afirmando y reivindicando públicamente para Dios la plenitud de su soberanía sobre el hombre y sobre toda criatura, de modo que sus derechos y su potestad de mandar sean con veneración por todos reconocidos y prácticamente respetados.

En los últimos días, dice el Apóstol (3) *correrán tiempos de grande peligro; se levantarán hombres amadores de sí mismos, codiciosos, presumidos, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, ingratos, criminales, sin afecto, revoltosos, calumniadores, desórreglados, irascibles, malignos, traidores, protervos, orgullosos y amigos más de los placeres que de Dios; que aparentando piedad, despreciarán la virtud; huye de ellos .. porque así como Jannes y Mambres resistieron á Moisés, estos resistirán á la verdad, porque están corrompidos de costumbres y réprobos en la fé... Tu, en cambio permanece fiel á las enseñanzas que has recibido, considerando de quien las has tomado, y que desde tu niñez aprendiste las Sagradas Letras que te muestran el camino de la vida por la fé en Cristo.*

Meditad, amados hijos nuestros, estas palabras del Apóstol, y si en ellas os parece descubrir la pintura de nuestros tiem-

(1) Hom. sub. In. 1.

(2) Lib. cont. ad. L. et. P.

(3) 2 ad Tim. 3.

pos con sus rebeldías á la Iglesia y sus desórdenes y vicios en las costumbres, seguid el consejo del discípulo de Cristo y uníos estrechamente á la verdad en que habéis sido educados, procurando en toda ocasión que la integridad de vuestra fé os lleve por caminos seguros á nuestro Redentor Jesucristo, en el cual está nuestra vida, nuestra salud y resurrección, para que en el día en que vuelva con los ángeles del cielo á juzgar á todos los hombres, *su venida no sea para nuestra confusión, sino para vuestra gloria eterna.*

En prueba de la cual con todo el afecto de nuestro corazón os bendecimos en el nombre del Padre † del Hijo † y del Espíritu † Santo. Amen.

† FRANCISCO, OBISPO DE LEÓN.

León 17 de Febrero de 1904.

Por mandado de S. E. I. el Obispo, mi Señor

Dr. Adolfo Pérez Muñoz,

Maestrescuela-Secretario.

Los Sres. Párrocos y encargados de la cura de almas, leerán en dos ó más días festivos al ofertorio de la Misa, la precedente Pastoral.

CUMPLIMIENTO PASCUAL

El tiempo hábil para el cumplimiento Pascual en nuestra Diócesis, dará principio, en virtud de facultad especial de la Santa Sede, en la dominica tercera de cuaresma y terminará el domingo de la Santísima Trinidad.

Durante este tiempo quedan facultados todos los Sres. Sacerdotes, que tengan las licencias de confesar en este Obispado, para absolver de los casos reservados Sinodales y rehabilitar *ad petendum debitum* en la forma y con las condiciones ya expresadas en nuestras circulares y exhortaciones Pastorales de años anteriores

Terminado que sea el plazo del cumplimiento y de conformidad con lo ordenado en la Constitución Sinodal CLXVII, todos los encargados de la cura de almas cuidarán de remitir á nuestra Secretaría de Cámara relación nominal de las personas que en cada feligresía hubiesen dejado de cumplir con el precepto,

León, 17 de Febrero de 1904.

† EL OBISPO.